

ANTOLOGIA DE CORDOBA

Elogios, de JUAN DE MENA

Copla CXXIV del LABERINTO

¡Oh flor de saber y caballería,
Córdoba madre, tu hijo perdona,
si en los cantares que agora pregonan
no divulgare tu sabiduría;
de sabios valientes loarte podría,
que fueron espejo muy maravilloso:
por ser de tí misma, seré sospechoso;
dirán que los pinto mejor que debía!

Copla XXXVII de LA CORONACION

Ví a Homero y a Lucano
en aquellos entremeses,
con Virgilio Mantuano,
Séneca Vandaliano,
y otros sabios Cordobeses.
Puesto que digan de mí
(porque en Córdoba nací)
que en loor sufro sus menguas;
callen, callen malas lenguas,
pues se sabe ser así.

CANTO A CORDOBA

Para cantarte, Córdoba, quisiera
darle tu quieto hechizo al canto mío
y haber gozado, en mi árida carrera,
más de una vez tu sombra de palmera,
ciudad moruna, hija de monte y río;
que me da miedo, en la emoción que siento,
llenar el aire de una voz profana
y no lograr siquiera que, un momento,
rompa mi voz, al ocupar el viento,
tu desdén impasible de sultana...

Llevaste dos coronas en tu frente
y cayeron las dos y tú has quedado;
porque no pudo el tiempo avaramente,
corriendo como potro desbocado,
llevarse tu ceniza en su corriente:
Almanzor o Gonzalo, no faltaba
jamás un hijo tuyo que cogía
las dos riendas del bruto en la carrera
y el belfo con el pecho le juntaba
del tirón con que al potro retenía:
pero así tú eres tú y el tiempo espera.

La deshecha ceniza
de tu ayer da en el agua,
y, al dar en ella, se endurece y fragua
nueva materia que la inmoviliza;
de modo que es el tiempo, cuya avara
corriente vino sobre tí, rugiendo,
el que se estanca en tí y en tí se para,
mientras tú sigues, Córdoba, viviendo.

Sigues viviendo, Córdoba, de un modo
que es ignorado en lo demás del mundo;

no sales de tí misma; pero todo
se sume en tí como en lagar profundo.

Roma y Vandalia y la africana Intrusa,
que asentaron en tí su poderío,
de tí vivieron; suya era la esclusa;
pero el agua fué siempre de tu río.

Y Séneca y Lucano y Avicena
y Averroes tendrían los paveses
de una estofa latina o agarena;
pero emplearon verbos cordobeses.

Y Gonzalo de Córdoba, nacido
cuando era grande y singular Castilla,
tanto, que le doblaban la rodilla
todos los reinos, en el reino unido;
aquel Gonzalo que, como vosotros,
indolente en la paz, bravo en la guerra,
crió lebreles, paseó la Sierra,
corría toros y domaba potros,
cuando Isabel la Reina engrandecía,
con maternal piedad la tierra vuestra,
para pagarle, aquel Gonzalo un día
saltó hasta Italia, la cogió en su diestra,
y, a los reyes igual, par con sus amos,
dijo a la Reina, al acabar su hazaña:
«Toma, Isabel: tú nos has dado España;
yo te regalo Italia: en paz estamos.»

Que este «quedar en paz», grande por grande,
de Córdoba es la ley, de ella lo hereda;
y si, Gran Capitán, no hay quien le pueda,
corazón cordobés, no hay quien le mande.

Pues, como con él fuiste, has persistido;
y yo creo haber visto su figura,
más de una vez, en tal calleja oscura,

viendo un mozo serrano, en que el vestido
de cueros contemplábase, corrido
de no cubrirse en hierros de armadura...

Porque si España tiene, en su Castilla,
la fragua del espíritu en que brilla
como en su propio asiento la corona,
Córdoba, para España, en el bochorno
del sol, cuece alma y barro y es el horno
donde se fragua entera la persona.

Por eso duras y por eso, cuando
desaparecen civilizaciones,
tu carácter persiste y, enmendando
la curva al tiempo, tú te sobrepones.

Córdoba: en la magnífica espesura
de un bosque de columnas, está escrita
tu ley: el tiempo, andando, precipita
Jano, Alah, Jesucristo... y siempre dura,
para los tres, un ara: la Mezquita...

Cuando, ya que fué grande por la espada
que mantuvo en sus sienes la corona,
quiera España engendrar, por la persona,
la nueva edad, apenas anunciada,
tú la verás que llamará a tus puertas
y tendiéndote, Córdoba, la mano,
te pedirá, para sus venas yertas,
el fuego de Aguilar y de Lucano...

Y agrandará, segunda vez, a España
un cordobés de equilibrada vida,
indolente en la paz, parco en la saña,
capaz de majestad y de medida,
que, orgulloso, en su huerta de la Sierra,
diga, al mirar a su ciudad tendida:
«¡No necesito más sobre la tierra!»

E. MARQUINA

C O R D O B A

¡Alma cordobesa,
triste y soñadora!
En las muertas calles parece que pesa
la tristeza mora.

Maga ciudad, llena
de plazas vetustas, con humilladeros;
calles de las novias de los bandoleros
de Sierra Morena.

Mujeres sensuales
que en las rejas cantan las noches de luna;
mujeres morenas, con ojos fatales,
con el fatalismo del alma moruna.

Pupilas extáticas
entre las ojeras;
mujeres ardientes, mujeres dramáticas,
como los sollozos de las peteneras.

Llora una lejana
fuente, lentamente, su monotonía.
¡Silencio! ¡Qué triste la copla gitana
suena en los recodos de la Judería!

¡Oh rejas floridas, doradas cancelas,
novias andaluzas, naranjos en flor!
¡Bordón de las dulces moriscas vihuelas
que llora una pena tan honda de amor!

¡Córdoba! ¡Silencio! Torcidas callejas,
plazuelas con cruces, saetas gitanas;
flota un vago aroma de antiguas consejas,
de ardientes califas y tristes sultanas.

¡Alma cordobesa,
triste y soñadora!
sobre tus mujeres parece que pesa
la leyenda mora.

Emilio CARRERE

UNA NOCHE EN CORDOBA

Plazuela del Potro...
Arco del Portillo... Calle de la Feria...
Ronda de los Mártires... Puerta de Almodóvar...
Torre de Malmuerta...
Barrio misterioso de Santa Marina...
Plaza de Aladreros... Calle de las Rejas...
Puente sobre el río donde el Santo Arcángel
vigilante cela
el solemne curso de las claras aguas
que hacia el mar se llevan
el fresco perfume de los naranjales
que visten de novia a la sierra...
En la paz augusta de la noche cálida,
a los besos fríos de la luna nueva
que las palpitantes hojas de los jazmineros
recama de estrellas,
Córdoba dormita, en tanto que arrulla su sueño
de amantes quimeras
la voz temblorosa de los surtidores
que, en blandas cadencias,
sobre el alabastro del tazón morisco preso entre arrayanes,
derrama sus chorros de perlas...
Sólo el agrio ladrido lejano de un perro
o tal vez el crujir de una puerta,
o acaso las firmes pisadas
de un galán que venturas de amantes coloquios acecha
romper logran el gran silencio
con que se arrebujan, como entre los pliegues de una capa airosa,
los cenceños talles de las callejuelas...
¡Virgen morenita la de los Faroles!...
¡Ronda de los Mártires!... ¡Plaza de las Dueñas!...
Córdoba dormita a los besos fríos
de la luna nueva...

Escondida como una amenaza,
 acariciadora como una promesa,
 agorera y fatal como el sino
 que en las serpeantes rayas de la mano la gitanería con supersticiosos cinceles
 [modela,
 una voz vibrante estremece el viento
 y en largas escalas se mece y gorjea,
 mitad corazón que solloza,
 mitad alarido que impreca,
 un manto arrastrando de trémulos ayes, como Dolorosa
 que, sobre andas de oro, calle de Amargura, detrás del Sepulcro del Hijo, siguiera:

«Porque tenía que ser,
 nos encontramos los dos:
 lo quiso una noche azul,
 ¡farta que lo quiera Dios!..»

Y, al conjuro sensual y potente
 de la apasionada copla que se queja,
 un largo rosario de ardorosos ecos
 se estremece y tiembla:
 suspiros y risas,
 amantes colleras,
 piropos, reproches y palmas,
 cálidos rasgueos que de la guitarra, como abejas de oro,
 trémulos revuelan,
 y chocar de vasos donde el áureo vino,
 que es «agua con sol», centellea...
 ¡Ay, mocita triste de los ojos negros
 y las tormentosas y corvinas trenzas,
 que en la oscura noche
 brillan y azulean,
 sobre la tostada palidez ardiente
 de tu tez morena!...
 ¡Ay, mocita triste—Carmen o Fuensanta,
 Lola o Rafaela—
 que, en el patio humilde de encalados muros,
 a la sombra amiga del naranjo, sueñas,

mientras a los cielos de los imposibles dispara tu alma
de tu triste copla la encendida flecha!...
Negro fatalismo
tu vida encadena
y esponjar no puedes—tímida paloma—
tus alas de nieve y de seda;
lo dice la risa del agua en la fuente,
lo dicen las rayas que de cien presagios rubrican tu diestra,
lo dice el querer de ese mozo
que arrulla, rendido y luego, celoso, bravea;
lo dice la flor del naranjo,
lo dice la copla, ¡lo dicen seis siglos de herencia,
manteniendo el oculto rescoldo
de tu apasionada sangre de agarenal...
Una noche, aromada y radiante,
una noche, tan pura como ésta,
la copla que hoy cantas
tendrá en sus arrastres son de *carcelera*,
y, entre el bordoneo con que tus sollozos
al brotar la enciendan,
sus notas, perdidas y errantes,
¡romperán los hierros de las mudas rejas,
por volar al cielo de los imposibles,
como atormentadas mariposas negras!...

Plazuela del Potro...
Calle de Lineros... Torre de Malmuerta...
Puente sobre el río... Verdes olivares...
Caseríos blancos que de blanco esmalte tachonais la Sierra...
todo, mujer triste de los ojos negros
y las negras trenzas...
¡todo, mientras lloras, seguirá durmiendo un sueño de siglos
a los besos fríos de otra luna nueva!

Manuel de GONGORA AYUSTANTE

LOS OJOS VERDES

Ya no te quiero, morena,
la de los ojazos negros;
que has abrasado mi alma
con tus miradas de fuego.

La de los ojos azules,
a tí tampoco te quiero;
que me engañaste, traidora,
con tus miradas de cielo.

La de los ojos melados,
insulsos y somnolientos,
que ni apasionan, ni alientan,
ni son bonitos ni feos;
la de los ojitos garzos
con tus miradas de cuervo...
No soñeis con el poeta,
que os ha cerrado su pecho.

¡Oh, tú, virgencita griega,
la de los ojos risueños,
verdes como la esmeralda,
como la esperanza bellos!

Mírame, que tus miradas
serán eficaz remedio
para cerrar las heridas
que otras miradas me abrieron.

.

Ojos que sois mar en calma,
en cuyas ondas navego;
ojos dulces, ojos claros...
¡ojos de mi pensamiento!

ANTONIO ARÉVALO